

"La religión —dice Santo Tomás— tiene actos interiores, que son como principales y pertenecen por sí mismos a esta virtud; y tiene actos exteriores, que son como secundarios y ordenados a los interiores".

El honor que por medio de la Liturgia se tributa a Dios no dimana solamente del alma, sino también del cuerpo; ya que el hombre entero, carne y espíritu, debe rendir homenaje a su Creador.

Al obrar así, el hombre no solamente tributa a Dios un homenaje completo de todo su ser, poniendo al servicio de Dios cuanto de Dios ha recibido, sino que a la vez se excita a sí mismo y excita a los demás a la devoción.

He aquí la razón de ser de las ceremonias del culto; de las actitudes, acciones, gestos y movimientos exteriores, que acompañan a las oraciones y al ejercicio público del culto divino, del que ellas son partes integrantes y accesorias.

La ejecución práctica de los ritos y de las ceremonias de cada acto litúrgico está regulada por las rúbricas, las cuales, por lo mismo, son como las reglas de la etiqueta divina, que velan por la integridad y dignidad del conjunto litúrgico. Se llaman rúbricas por estar escritas en los libros litúrgicos con tinta roja o encarnada.

Las ceremonias son el complemento de la palabra hablada, y de gran importancia para una ejecución digna, comprensiva y edificante de las funciones litúrgicas, quitándoles toda fatigosa monotonía.

Por eso la Iglesia las ha fomentado y defendido siempre, las ha mandado observar con escrupulosidad y reivindicándolas contra los ataques de sus enemigos, principalmente de los protestantes, que las tildan de superfluas y supersticiosas.

Las ceremonias mueven el alma a la veneración de las cosas sagradas, elevan la mente a las realidades sobrenaturales, nutren la piedad, fomentan la caridad, acrecientan la fe, robustecen la devoción, instruyen a los sencillos, adornan el culto de Dios, conservan la religión y distinguen a los verdaderos cristianos de los falsos y de los heterodoxos.

Podemos clasificar las ceremonias en dos grupos, distinguiendo entre los gestos y las actitudes.

Entre las actitudes, podemos considerar: el estar de pie, sentados, arrodillados, postrados, inclinados, con las manos juntas, con los brazos extendidos.

Entre los gestos o ademanes: las cruces, las reverencias, las miradas, los besos, los golpes de pecho.

La posición del cuerpo tiene en la Liturgia capital importancia, pues eso debe ser un reflejo fiel de lo que, en el momento de la oración, se siente en el alma y no se puede expresar sino de esa manera concreta y sensible.

Hay ocasiones en que el hombre, espontáneamente, se pone de pie, se inclina, se sienta, etcétera, sin poderlo evitar, obedeciendo a ciertos impulsos del alma. Son estos impulsos interiores, precisamente, y estas actitudes espontáneas las que la Liturgia aprovecha, al

ordenar que el cristiano unas veces ore de pie, otras de rodillas, otras postrado, otras inclinado y otras, en fin, sentado.

Regulado como está todo esto con escrupulosidad, nadie dudará que ha de haber sido para dar a cada posición su significado.

La Liturgia, como destinada que está a cautivar a todo el hombre, a la palabra hablada o cantada y a las diversas posiciones del cuerpo, une los gestos y los movimientos.

De todos los gestos litúrgicos, el de trazar la señal de la cruz sobre las personas o las cosas es, no solamente el más noble, sino el más frecuente y elocuente.

En los simples fieles tiene la señal de la cruz el significado de una oración y de una adoración; en los sacerdotes, cuando la usan en la liturgia, es además un instrumento de bendición.

En la Misa se usa un sinnúmero de veces, para inculcar que es la renovación del drama del Calvario y que la Redención se obró por medio de la Cruz.

Las reverencias consisten en ligeras inclinaciones de cabeza, y en genuflexiones sencillas o dobles, hechas al Santísimo Sacramento, al Crucifijo, o las imágenes o a las personas, a modo de saludo o de reverencia.

El movimiento de los ojos es otra de las formas más insinuantes de expresión, y la Liturgia lo usa a menudo en sus ritos como un signo de adhesión, de recogimiento, de ternura y de admiración.

Los ósculos o besos son otro de los gestos usados a menudo en la Liturgia, ora como señal de afecto y de gratitud, ora como prueba de respeto y veneración, ora como testimonio de firme adhesión o de reconciliación.

Golpearse el pecho es una de las señales más expresivas de dolor y contrición de corazón, y se hace, como instintivamente, al confesar las culpas y declararse pecador. Al practicarlo, creemos todos que así aplacamos mejor a Dios y que expresamos más sensiblemente nuestra compunción.

Siendo la Liturgia expresión de la Fe, el mayor reproche al misal de Pablo VI se refiere a la profesión de la fe católica.

Este rito en sí mismo, en sus palabras y ceremonias, tanto en general, así como en el detalle, altera la fe católica.

No la contradice de frente, la escamotea, la calla, la ahoga. Todo el espíritu de disciplina sagrada y de rigor piadoso se desvanece en el nuevo misal.

Por ejemplo, es imposible no notar la abolición y/o la alteración de las palabras y de los gestos del Rito Romano por los cuales se expresa la fe en la Presencia verdadera, real y substancial de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Para los protestantes, sólo se trata del memorial de la cena del Señor y de una presencia espiritual de Jesucristo.

La doctrina católica se opone radicalmente a la mentalidad protestante, para la cual el pastor es esencialmente el animador de la comunidad, y disfruta de un amplio margen de improvisación.

Muchas modificaciones confirman la impresión dada por el nuevo ordo de que el sacerdote es tan sólo el Presidente de la Asamblea.

¿Tiene, pues, la nueva misa una interpretación protestante?

La **Declaración del Consistorio Superior de la Iglesia de la Confesión de Augsburgo**, de Alsacia y de Lorena, tras su reunión en Estrasburgo el 8 de diciembre de 1973, expresa:

Estimamos que, en las presentes circunstancias, la fidelidad al Evangelio y a nuestra tradición no nos autoriza a oponernos a la participación de los fieles de nuestra Iglesia en una celebración eucarística católica.

Es necesario, sin embargo, obrar con discernimiento y sabiduría. No debería aceptarse la invitación de otra Iglesia sino que cuando pueda reconocerse, personalmente, en su celebración eucarística, la celebración de la Cena tal como el Señor la instituyó.

Dadas las formas actuales de la celebración eucarística en la Iglesia católica y en razón de las presentes convergencias teológicas, muchos de los obstáculos que habrían podido impedir a un protestante la participación en su celebración eucarística, parecen estar en vías de desaparición. Hoy en día debería ser posible para un protestante reconocer en la celebración eucarística católica la Cena instituida por el Señor.

Nos atenemos al uso de las nuevas plegarias eucarísticas, bajo las cuales nos reconocemos, y que tienen la ventaja de matizar la teología del sacrificio que teníamos por costumbre atribuir al catolicismo.

Estas oraciones nos invitan a reconocer una teología evangélica del sacrificio.

La pregunta que surge ante la Declaración es lógica: ¿se han vuelto católicos los protestantes, o se han vuelto protestantes los católicos?

Lo primero, es evidente que no.

Por el contrario, sólo un necio se atrevería a negar la protestantización que han sufrido millones de católicos después del Vaticano II y del Novus Ordo.

Lo cierto es que una serie de doctrinas extrañas al catolicismo se han hecho dominantes entre los que se dicen católicos.

Lo cierto es que la idea de Cena ha sustituido casi por completo la noción de Sacrificio.

Lo cierto es que se ha desplazado a Dios y se ha puesto al hombre en el centro del mismo culto.

Se comprueba que un vocabulario novedoso ha sustituido la terminología tradicional católica.

Además, el sacerdote se ha transformado en presidente de una asamblea, o en un animador litúrgico.

Y mientras todavía hay muchos que se empeñan en defender lo indefendible, lo cierto es que los mismos protestantes se niegan a participar en la Misa de siempre, en la Misa católica, pero no tienen el más mínimo reparo en participar en el Novus Ordo, así como los fieles de la neo F\$\$PX asisten a misas amparadas por el perverso Motu proprio de Benedicto XVI...

¡Cuánto veneno y cuánto analgésico se han inoculado en las mentes y en los corazones de los católicos en los últimos cincuenta años...!

Max Thurian, de la comunidad de Taizé, afirmó:

[El Novus Ordo Missæ] es un ejemplo de esa fecunda preocupación por la unidad abierta y la fidelidad dinámica, por la verdadera catolicidad. Uno de sus frutos será, tal vez, que comunidades no católicas podrán celebrar la santa cena con las mismas oraciones que la iglesia católica. Teológicamente, es posible.

Como todos los protestantes, Max Thurian sostenía sobre la Santa Misa doctrinas condenadas por la Iglesia.

Sin embargo, él consideraba que podía utilizar el nuevo rito introducido por Pablo VI en 1969.

Usted, sacerdote católico, dice no profesar los errores de Max Thurian, y, sin embargo, piensa que puede, en conciencia, celebrar la Misa utilizando ese nuevo rito.

Y usted, simple feligrés, también dice no profesar los errores de Max Thurian, y, a pesar de ello, considera que puede, en conciencia, asistir a una misa celebrada según el nuevo rito.

¿Quién interpreta correctamente el Novus Ordo Missæ, ustedes o Max Thurian?

Esta es la cuestión que ningún católico ilustrado puede descuidar de estudiar, ya que la Santa Misa ocupa un lugar destacado en el culto católico y en la salvación de las almas.

Radio Cristiandad presenta un estudio minucioso del novus ordo missæ, que revela tres características principales:

1ª) Un relajamiento general de la liturgia.

2ª) La desnaturalización del Ofertorio.

3ª) Los ataques contra el Canon Romano.

En Especiales separados consideraremos estas tres cuestiones.